Es preciso que el enfoque pedagógico (que debería incluir el inglés estándar que también se habla y se necesita) vaya paralelo al cumplimiento de normas para su protección. Pero es imprescindible también implementar mecanismos para mejorar su utilidad y relevancia social y económica, teniendo como eje su naturaleza lingüística y la realidad demográfica de San Andrés.

Una alerta amarilla se debe activar porque no hay proyección hacia el futuro de su uso cotidiano porque la nueva generación y los nuevos isleños no perciben ventajas económicas y sociales de usarlo, su peso en lo cultural disminuye y no existe un esquema institucional que lo haga indispensable.

Ello es preocupante porque, aunque suene obvio, el factor más decisivo para su supervivencia es su relevancia, su uso continuo y una actitud positiva y deseos de que perdure.

A ello se suma una situación inquietante para la reivindicación étnica que es lo único que ha impulsado la protección lingüística: el creole lo hablan menos isleños que se identifican como raizales así que ya no tan es relevante para la identidad raizal y por tanto queda debilitada su lugar en la reivindicación étnica.

Esto se explica en gran parte por el ‘dualismo difuso’ (a veces no tan difuso) del que habla el historiador isleño Jairo Archbold, traspasado a la historia reciente pero cuyo péndulo claramente no oscila a favor de lo típicamente raizal. Los 50/50 del que habla la politóloga y socióloga isleña Sally Taylor son tal vez más unos 60/40.

**Seguridad y supervivencia depende de los números**

La actual estrategia de fortalecimiento ha tenido logros sobre el papel, como su reconocimiento como lengua oficial de las islas y la obligación de que empleados públicos lo hablen, algo que se ignora por completo. Pero no visibles o significativos resultados sobre el terreno. Se dice mucho pero se hace poco.

Y dichos logros han sido armas de doble filo con intención paralela porque esos derechos linguísticos generan una situación de dependencia ontológica y lingüística (en el español) que hace que para la redención el creole deba inclinarse en unas instituciones oficiales muy vacilantes que no hacen lo necesario para ayudarle.

Por eso han dado la espalda a su raíz histórica y por ende fuente de fortaleza, el Caribe anglófono. Esto llevó a su atadura al español, justificada por políticas de soberanía y ejercida por la fuerza lingüística de la migración, que lo distorsiona y es por eso que se escribe generalmente usando al español de base.

Pero el 'Caribbean togetherness' necesario para fortalecerlo ya no debería ser una preocupación de soberanía porque el poder étnico que la cuestiona está muy debilitado y las islas ya están reconfirmadas como colombianas por el derecho internacional en virtud de los fallos de La Haya.

En ese contexto, vale la pena extender acciones que subrayan las ventajas mutuas de su 'partnership' con el mercado laboral y el desarrollo económico (similar a lo del sector público) pero que sirva para aumentar su relevancia y sobre todo su uso cotidiano y oficial.

Muchos isleños la usarían si fuese un medio para superar barreras socioeconómicas. Porque el bilingüismo (y el trilingüismo) favorecen las perspectivas laborales en las islas y en el exterior de los isleños. Las ventajas de la diversidad lingüística son claras en sitios turísticos y por eso tanto el creole como el inglés estándar se enseña y se usan con éxito en algunas islas en el Caribe.

**Di Creole da English, da no Spanish**

Los escasos esfuerzos comunitarios, académicos y públicos deberían salirse de los salones académicos y oficinas gubernamentales y acercase al terreno. Deben además ser promocionados más por grupos sociales y no sólo por las instituciones que, como la Secretaría de Educación, han hecho muy poco.

En este contexto, es de extrema importancia tener un creole escrito y una literatura creole como mecanismos de fortaleza y perpetuidad. Parte de su debilidad es la fata de una codificación escrita. Hay un cuerpo literario isleño en español, que si bien enfatiza la debilidad del creole, los autores acercan al lector al mismo abriendo fronteras de comunicación, como hizo el Nobel de Literatura de 1992 Derek Walcott ('Poopa, da' was a fete!‘) desde el inglés estándar para su creole anglo-francés-caribeño de Santa Lucía.

Esa literatura detalla una nostalgia del pasado aturdido por las heridas socioculturales del presente. Presenta una identidad isleña de múltiples identidades que establece un diálogo multicultural. Cada palabra que usan Hazel Robinson, Adel Christopher o Cristiana Bendeck trae un poderoso mensaje que acerca al lector al creole aun leyendo en español. Pero no hay que perder la oportunidad de darle un estatus literario propio.

Un aspecto alarmante del ‘puzzle’ (rompecabezas) lingüístico local es que el creole se ha convirtiendo de nuevo en una barrera a la supervivencia económica y social y un elemento de discriminación lingüística, a ambos lados del espectro étnico, similar al pasado cuando hablarlo era un impedimento para poder conseguir un empleo público. Esto se supera extendiendo la educación trilingüe.

Hay mucho por hacer para proteger el creole y asegurar su supervivencia. Más que investigaciones y declaraciones, se necesitan acciones, si en verdad se desea que nuestra lengua vernácula sobreviva. Es necesario que sea más relevante.

---

Este artículo obedece a la opinión del columnista. EL ISLEÑO no responde por los puntos de vista que allí se expresan.